

DESEDOC TIVOS

ASÍ DE CRUDO

Antonio Gallego Raus
Psicólogo

Estimados amigos, daré mi opinión, por si a alguien le interesa. La expondré con toda crudeza, pues, sin duda, la realidad a que nos enfrentamos también lo es. Gran parte de la población considera que ustedes, los profesores, tienen la culpa del fracaso en la enseñanza. Tanto para la Administración como para las familias lo más fácil es echarle la culpa al profesorado. Los padres no conocen con la hondura suficiente las aporías y absurdos del sistema de enseñanza. Ustedes sí, porque las sufren a diario y de cerca, pero no los padres. Difícilmente entenderán hasta qué punto este desaguado tiene uno de sus más claros orígenes en una mala ley. Lo que muchos creen es que ustedes son, en su mayoría, unos vagos redomados que no hacen caso de los expertos, de los psicopedagogos de postín: que no preparan las adaptaciones curriculares pertinentes, que no atienden la diversidad de las aulas, que no se implican, que no tienen suficiente preparación pedagógica, que sólo piensan en las vacaciones y el sueldo, que carecen de vocación y amor por lo que hacen, etc. Así de crudo. El problema, a juicio de demasiados, es que ustedes no han cumplido con la ley (con la LOGSE). Ignoran que es la ley la que les impide a ustedes hacer bien su trabajo. El mensaje de la secta pedagógica cala con facilidad en unas mentes adoctrinadas durante largos años en el “buenismo” y la corrección política.

La Administración, por su parte, jamás dirá a los padres (potenciales votantes) que ellos tienen un papel fundamental en la educación de los hijos (ojo, en la educación digo, no en la instrucción o formación) y que también ellos tienen culpa de lo que está pasando: no enseñan a sus hijos a respetar a los adultos; delegan en los profesores la educación de los críos pero luego, a la hora de la verdad, les niegan la autoridad para sancionarlos, e incluso montan en cólera si el maestro ha osado castigar a su hijo; transmiten ideas peyorativas hacia el profesorado; no los saben castigar adecuadamente; no les inculcan hábitos de trabajo; no les imponen horarios de estudio; los malcrian constantemente hasta el punto de convertirlos en chicos “hiperactivos” y neuróticos; los sobornan para que hagan lo que deben, etc. Los padres no deberían tener cabida en cuestiones formativas en las escuelas, pero sí en cuestiones educativas, y éstas están íntimamente relacionadas con aquéllas. Un crío mal educado por sus padres, difícilmente será bien formado por sus profesores. ¿Pero qué corajudo político saldrá a la palestra a pedir a los padres progres que dejen de malcriar a sus hijos de una puñetera vez? Nadie, eso no lo esperan. ¿Es un asunto menor esto de los padres? Me temo que no, pero ocasión habrá de hablar de ello más adelante.

La Administración (poco importa de qué gobierno o partido) actúa conforme al nivel de demagogia ya establecido. Saben ustedes mejor que yo cuántas medidas demagógicas han ensayado los diferentes gobiernos: que las familias (los potenciales votantes) tuvieran parte en decisiones puramente académicas, o que el alumno y el profesor discutan ante un “mediador” sobre los motivos de un incidente en clase, o que el alumno no tenga por qué dejar de hacer el examen si se le pilla copiando, o la promoción automática, o que el examen final de 6º que ahora se proyecta no sirva sino como mera información para unos y otros, etc., etc. Todo esto no es más que la cruz de las democracias: la demagogia. Los gobiernos tratan a los ciudadanos como clientes que hay que ganar o conservar. Hay

entablada una feroz competencia en los partidos políticos por alcanzar el poder a base de halagar al votante. De la quema no se libran ni los partidos de izquierda ni los de la derecha. Por eso vimos que el PP no hizo nada cuando tuvo ocasión de hacerlo. No ha habido oposición a la LOGSE. No la hubo ni la hay, pues todos los partidos en liza tienen un miedo patológico a ser impopulares. No en vano unos se denominan “socialistas” y otros “populares”: trabajan (hacen promesas) para la sociedad o para el pueblo. Es lo mismo. No hay sustancial diferencia entre uno y otro porque ambos comparten el idéntico objetivo: ganar las elecciones a toda costa. El tío que más regalos haga al sobrino será el tío preferido.

Podemos vivir durante un tiempo instalados en la más pútrida de las demagogias gracias a que disponemos de recursos materiales ingentes que impiden ver el alcance de los errores con rapidez. Somos como el hijo de potentado que gasta y derrocha la fortuna de éste sin que ello la merme ostensiblemente. Por el contrario, una conducta casquivana del hijo de una familia de clase media pronto será advertida y corregida por los adultos. Nuestras sociedades pueden embarcarse en proyectos disparatados porque cuentan con recursos subsidiarios que enmascaran sus deletéreos efectos durante un tiempo. Para cuando se quiere reaccionar, quizá el problema ya sea irreversible.

La cuestión es que el chivo expiatorio más barato son ustedes, los profesores. Son la cabeza visible para todos: para padres, políticos, pedagogos e incluso alumnos (“el profesor no me motiva”). Son los protagonistas de la película. Es tan sencillo como decir: “si el entrenador lo hace bien, los jugadores jugarán bien. Si lo hace mal, los jugadores jugarán mal.”

Escribir artículos es necesario, pero no suficiente. El problema es tan grave que necesitarán pasar a la acción si quieren que alguien les escuche. Sus artículos son magníficos. Pero lo que hace falta es hacerse visible, hacerse notar. Internet es necesario para concitar fuerzas, pero no suficiente. Entiendo que urge darse a conocer en los grandes medios de comunicación: la televisión, el radio y la prensa de más tirada. También -por qué no- en las radios locales. Sería interesante, por otra parte, tener una idea aproximada de cuáles son nuestras fuerzas. ¿Cuántos maestros y profesores hay, siquiera a ojo de buen cubero, descontentos con esta situación? ¿Cuántos de los descontentos estarían dispuestos a luchar por cambiar las cosas? Decía Berkeley que “ser es ser visto”. Pues eso, mientras no nos vea una gran parte de la población, seguiremos sin “ser”, sin existir. Los gobernantes sólo prestan atención a aquello que la ciudadanía y los grandes medios de comunicación prestan atención.

De la huelga como medida de presión nada diré, porque creo que, antes que proponerla, sería necesario tener una estimación aproximada de cuántos estarían dispuestos a secundarla. Quejarse por lo bajini es fácil. Otra cosa es salir a la calle a por todas. No obstante, sería una forma eficaz de hacerse visible con independencia de cuántas fueran las fuerzas reunidas. Una cosa tengo clara: si no somos capaces de convencer a los maestros y profesores remisos (¡a los directamente afectados por la ley!) para luchar por el cambio, si esa “mínima” conquista no nos es posible alcanzar, me parecerá punto menos que milagroso que lleguemos a ver la luz al final del túnel.

